o porque los redactores del OBSERVATORIO PINTORESCO sean meros espectadores en la arena literária de las ajitadas contiendas polititicas son por eso indiferentes á las épocas célebres de su pátria; ni dejan de recordar con satisfaccion el dia de gloria, que en el gran libro nacional está consignado con caractéres de oro. El natal de nuestra anjelical reina doña ISABEL II. En prueba de ello y en celebridad de tan augusto dia, la redaccion ofrece á su **Primera Suscritora** y despues á los demas que la han favorecido el aumento de impresion, estampas y adornos, que se notan en este número; y para que sea lo mas digno posible de la réjia persona á quien lo dedica, ha elejido lo mas selecto de lo que posee. Todos los colaboradores han pretendido tener el honor de escribir en obséquio de su reina; todos han procurado escederse á si mismos; y todos están persuadidos de que, aun de este modo, sus obras no llenarán debidamente el noble objeto á que se destinan. Nuevos la mayor parte de ellos en la carrera periodística, no pueden aspirar á competir en sus producciones con otros, cuyo solo nombre es un seguro garante del acierto. Empero si no tienen ni aun remotamente la idea de rivalizar con ellos, no les ceden por lo menos en patriotismo y decision.

El Editor.

ROHISINDO SOLA.

1.°

EL CABALLERO.

abia ya pasado la mayor parte de la mañana de uno de los dias mas calurosos del estío, cuando por entre densa polvareda se vieran aparecer al princípio de estrecho sendero que condujera al castillo de Fortheringay en el ducado de Essex, cien caballeros en cuyo pecho brillára el glorioso signo de la veneracion de los cristianos. En su marcial apostura, sus ojos chispeantes de noble orgullo y alegria, la tostada tez que apenas se descubriera por entre los hierros de la celada, y lo abollado de las armaduras, el mas ignorante conociera á los campeones de la cruz, cuyas frentes se vieran ceñidas por cien y cien laureles adquiridos en los arenosos y desiertos campos de la Palestina. Eranlo en efecto: y la agrupada multitud de los alrededores se apresuraba á dirijir sus anhelantes miradas para buscar entre los veteranos un padre, un hijo, ó amante de cuya vista careciera tres años mortales. Mas los tostados guerreros se mostraban tan impasibles á los ayes del dolor ó la alegria, como el duro hierro que cubriera sus récios y curtidos miembros, y proseguian su marcha silenciosa únicamente interrumpida por el monótono y acompasado trote de los encaparazonados bridones. El sol llegaba á la mitad de su carrera y reflectábanse sus abrasadores rayos en los bruñidos cascos y aceradas lanzas enrojecidas un tiempo en la impura sangre de los sarracenos, ora descansando inertes en la cuja.

No léjos del ordenado escuadron y fuera ya del camino real dirijiera un caballero su tortuosa marcha sobre fogoso bridon de batalla. Un negro penacho ondeara al viento en la cimera de su casco empavonado cual la armadura, y del tahalí de terciopelo colgaba la tajante espada. Ninguna insignia ni distintivo ornaba su pecho que únicamente cubriera la cruz roja: ninguna empresa ni blason campeaba en el tachonado escudo. En sus pardos y rasgados ojos brillára el fuego de la juventud y de la glória; en sus miradas sombrias se viera marcada la melancolia y tristura de su corazon. El negro cabello caia en undosos rizos sobre el espaldar, y de su boca apenas cubierta con un lijero bozo, que daba mas grácia á su aspecto juvenil, se deslizaban hondos suspiros mezclados con el nombre de ELODIA, apenas intelijible entre sus deseados lábios. Al lado suyo caminaba otro guerrero

que atento á sus menores movimientos parecia querer adivinar en los ojos lo que su corazon deseaba. Era el fiel Rujero su vasallo, que criado con él desde la infáncia habia preferido seguirle á la Tierra Santa, y estar á su lado en los peligros, á permanecer ocioso en el castillo al lado de su tierna madre.

¿Falta mucho para llegar á Fortheringay, mi querido Rujero? dijo por fin el caballero.—Dos millas desde la encrucijada donde vamos á entrar ahora. ¿La encrucijada?... no recuerdo.... tengo la memória tan fatigada.... las ideas se confunden en mi mente.... paréceme imposible que estemos en el território de Albion; no creia por cierto volver á respirar el áire de la pátria; pero la muerte, que tantas veces he buscado en los combates, siempre ha huido de mí, y á no ser por tí, Rujero, hace mucho tiempo que hubiera dejado de padecer.—Señor....—No creas que soy ingrato, no; esa honda cicatriz que cruza tu frente siempre será para mí un recuerdo de lo mucho que te debo, si por desgracia algun dia llegase á olvidarlo; pero tú, que sabes todos mis secretos, no debes estrañar que sienta haber sido arrancado á la muerte, cuando este era el objeto que me impelia á buscar lo mas fragoso y terrible en la pelea.—Pero, señor, ¿es posible que nunca se han de borrar esas fúnebres ideas de vuestra mente?—Nunca, Rujero, nunca: mi enfermedad es incurable: mientras este corazon palpite siempre existirá en él la imájen de.....—Por piedad, no pronuncieis su nombre.—Bien, no lo diré, pues que lo exijes y así te lo he prometido; pero, ¿de qué sirve que los lábios lo callen, si el corazon lo pronúncia á cada instante?—Confiad en que ahora se mitigarán vuestras penas; tended la vista en vuestro derredor, y en todas partes veréis vasallos solícitos, que no anhelan mas que hallar el médio de complacer á su señor: ¿no los véis, cual caminan mústios y silenciosos, abatidas á la tierra sus frentes coronadas de laureles, sin atreverse á demostrar la alegria que sienten al volver á sus hogares, por no interrumpir vuestro dolor? Decid solo una palabra y volverán gustosos á arrostrar toda clase de peligros; poneos á su frente y sus espadas humeantes aun de la aborrecida sangre de los infieles se esgrimirán tambien contra los fautores de vuestras penas.—No mas sangre, por Dios, Rujero, no mas desgrácias, si alguna hubiera de verterse solo es la mia. Yo soy el único que debiera perecer. ¡Cuántas veces habria yo mismo acabado con mi precária existéncia, á no estar contenido por el májico influjo de la divinidad! Deseaba morir, sí, pero no como un hombre cobarde que no puede sobrellevar el peso de su vida, sino como un paladin cristiano, en medio de los combates, y peleando por mi relijion y por la glória. ¿Qué muerte mas honrosa puede ambicionar un pecho noble? ¿Cuál mas digna de un caballero de la cruz? ¡Pero la parca cruel que habrá hecho tantas famílias desgraciadas arrebatándoles un padre, un hijo, un esposo, ha dejado intácto, y huido delante de un sér inútil que la buscaba, y á quien nadie llorará en la tierra!—¿Y qué, señor, contais en nada el amor de vuestros vasallos, el cariño de vuestra hermana, y los deberes que habeis contraido con Dios y con los hombres al ceñiros la corona ducal? ¿Y cumpliréis acaso tan sagradas obligaciones, no cuidando de vuestra vida, y esponiéndola á cada paso, como si pudiéseis disponer libremente de ella? Volved en vos, mi querido señor, no os dejeis arrastrar mas tiempo por la violéncia de un amor que condenan el cielo y la tierra; olvidad, si es posible, hasta que haya existido, y dedicando vuestros homenajes á una beldad mas digna de ellos, esperad en dias de glória y ventura que sucedan á los tempestuosos que ahora os ajitan.—¿Y cuál mas digna en la tierra que Elodia de mi cariño? ¿Qué otra pudiera reunir mas bellezas, mas virtudes? ¿Cuál podrá ocupar un corazon todo suyo, todo entregado á su amor?—Y bien, ¿qué esperanzas podeis abrigar? ¿Qué deseais lograr de una mujer, cuyo esposo.....?—¿Qué deseo, Rujero? Verla, oirla, tener siempre su imájen en mi corazon, dedicarla todos mis pensamientos, mis acciones, mi

existéncia; adorarla como á una divinidad, como á un sér sobrenatural, y estasiado en mi mismo amor, no dirijir á otra alguna mis votos, ni entregar mi corazon que no late mas que por ella.....— Y al fin no lograr mas que atormentaros, y consumir en vanos delirios vuestra vida....—¿Y qué es la vida comparada á su amor? Ah, gustoso la diera si pudiese un instante estrechar á Elodia en mis brazos, arrimarla á mi seno palpitante, unir mis lábios cárdenos á los suyos sonrosados, y aspirando su delicioso álito dar mi último suspiro.

El galope de un caballo interrumpe al paladin en su amoroso rápto, y á poco se une á él uno de los jefes de los cruzados, que habiendo llegado á la union de los caminos que el vulgo llamára "la encrucijada", viene á tomar sus órdenes. Despues de un instante de meditacion manda el caballero que el escuadron continúe su marcha hasta la aldea de Neddy, donde se reunirá á él para entrar en el castillo de Fortheringay, morada de sus nobles antepasados.—¿Y vos, duque, no venís con nosotros?...No, quiero antes recorrer algunos sítios.....—Pero al menos una escolta.....—Es escusado, Rujero vendrá conmigo, y en todo caso él os comunicará mis órdenes. Adios.—Crujen las aceradas manoplas al darse la mano los dos guerreros, y á poco la inmensa polvareda que se eleva hasta las nubes, muestra el instante en que partieran los cruzados. Vélos el duque alejarse entre la espesura, y clavando el agudo acicate en el costado del generoso bruto "á Lighton" dice, y desaparece velozmente por el camino de la izquierda seguido de su fiel amigo, que suspira al pensar que en él está la morada de Elodia.

2.°

EL PUESTO DE ARMAS.

A un lado del camino real y sobre una eminencia que por ambos costados se estendia, viérase elevar una costosa tienda de campaña. Ondula en su tope un blasonado pendon, y várias armaduras, trofeos honrosos de otros tantos triunfos conseguidos por el campeon que la guarda, yacen acinadas en su derredor. Clavada en tierra la lanza, ostenta pendientes de una banda el escudo del paladin y un cartel de desafio á muerte á todo caballero que al pasar por aquel sítio no confesase la superioridad de la señora de sus pensamientos. El sol ocultaba su faz dorada en el Occidente, y el pálido ástro de la noche iluminaba apenas con vacilante esplendor la cima de las montañas, cuando un guerrero completamente armado sale de la tienda y dirije á su escudero estas palabras.—Por san Jorje, William, que ó ya no hay caballeros en el mundo, ó temen llegar á este sítio por no aventurarse á encontrar la punta de mi lanza cabe su corazon. Hé aqui otro dia pasado sin pelear: mal podré cumplir la palabra que dí á la señora de mi alvedrio, sino llega algun caballero para completar las doce armaduras que he de rendir á sus pies de otros tantos vencidos.—Aun no es tarde, señor, ¿no veis á lo léjos dos jinetes que á todo escape se dirijen á este punto?—Es cierto: ¡y vienen armados! Monta á caballo, William, sal al encuentro de esos advenedizos, y si son caballeros diles las condiciones con que han de pasar adelante, sino quieren aventurar un combate, que de otro modo habran de sostener á todo trance.—No se hicieron los viajeros esperar mucho tiempo pues apenas hubo el escudero manifestado su mensaje, cuando el primero de ellos cubierto de negras armas se dirijió hacia el orgulloso campeon del puesto de armas, con toda la velocidad de su corcel invitándole á la defensa. Terrible es el choque de los guerreros: la lanza del de la negra armadura queda clavada con un pedazo del asta en el hombro derecho del mantenedor, pero éste traspasa con la suya la coraza y pecho de aquel, que cae al suelo envuelto en torrentes de sangre. Brilla el acero del vencedor entre los hierros de la celada del vencido é intímale el rendimiento ó la muerte; mas sacando fuerzas del mismo dolor, esclama con el acento de la desesperacion "la muerte, la muerte: Elódia es la mas bella de todas las mujeres.!!—¡Elódia! repi-

te el guerrero retirando la espada y saltándose los ojos de sus órbitas, ¡ Elódia ! y su voz ahogada por el furor manifiesta la rábia y los celos que despedazan su corazon.— William, William, que conduzcan ese hombre al castillo: tu cabeza me responde de su seguridad." Y montando de un salto en el brioso alazan que impaciente tasca el freno, arroja léjos de sí el hierro que arranca de su herida, y se dirije velozmente hácia la fortaleza cuyas macizas y parduscas torres se distinguen á lo léjos, como negras fantásmas en la atmósfera.

3°.

ELOIDA.

El toque de siléncio ha sonado ya en el castillo de Lighton, apagados estan los fuegos, reposando sus moradores, y únicamente se ven oscilar los rayos de una lámpara sombría á través de los pintados vidrios del salon solitário del Oeste. ¿Qué novedad habrá hecho que se vuelva á habitar? Apenas iluminados sus arcos ojivos por tan débil luz es sin embargo bastante para distinguir en uno de sus ángulos un lecho cubierto de damasco, y en él un jóven moribundo. El sepulcral siléncio que reina en derredor solo es interrumpido por los suspiros que se escapan del oprimido pecho del herido, y el silvado murmullo que hacen los labios de una mujer, que está orando de hinojos ante la imájen de la Vírjen. Sumido está el caballero en un profundo letargo: palabras inconnexas se deslizan de vez en cuando de su boca entreabierta y desecada por la calentura: en su pálida y abrasadora frente se ven impresas las huellas del dolor y de la muerte: y sus manos crispadas y amarillentas, ya alejan de sí con horror, ó ya atraen con cariño un objeto al que indistintamente prodiga denuestos y bendiciones que estremecen y distraen á la mujer que está orando. A juzgar por las contínuas miradas que hácia el lecho del dolor dirije, á la emocion con que se nota palpitar su pecho, á las lágrimas que con suspiros se ven rodar de sus mejillas descoloridas, y al fervor con que vuelve á emprender sus oraciones, cada vez que recoje alguna frase que la calentura hace pronunciar al delirante mancebo, pudiera creerse que por él dirijia al cielo sus plegárias; pero el horror con que de repente apartaba sus ojos de esta escena, el estremecimiento involuntário que se apoderaba de su cuerpo al ruido que por intérvalos se escuchaba de un paso ya fuerte y ajitado; ya pausado y silencioso fuera de la estáncia y al eco de una voz que maldecia, persuadian mas bien de que para ella misma imploraba el auxílio y proteccion de la Inmaculada. Pero nada es comparable al convulsivo temblor que se apoderó de todos sus miembros cuando al volver de su deliquio el jóven fijó en ella sus ojos cristalinos, é incorporándose sobre el lecho esclamó con una espresion de amor, de gozo y de sorpresa. "Elódia, Elódia mia, ¡eres tu!— Imprudente dice la infeliz y se dirije á él para obligarle al siléncio... ¿Que májica influencia la detiene en médio de su carrera? ¿Qué encanto la ha hecho quedar inmóble, temblando y clavada la vista azorada en un objeto cual si cediese á la fuerza de un conjuro? Un rostro de demónio que se asoma entre el tapiz de la puerta un puñal que reluce entre la sombra en una mano denegrida: unos ojos de tigre que la aterran: un jesto feroz y amenazador que la prescribe no moverse de aquel sítio. Pero el herido que nada de esto repara por impedírselo las flotantes colgaduras de su lecho; que vé únicamente á Elódia fluctuando entre el deseo de acercarse y el temor de verificarlo, quiere en vano esforzarse á salir y continúa en sus amorosas palabras, que caen en el corazon de la desgraciada Elódia como gotas de plomo derretido, y en el del bárbaro que las escucha como otras tantas chispas que aumentan su furor, y le hacen sonreir al halagueño aspecto de la venganza.—

Elodia, no me oyes, no quieres escuchar la voz del infeliz que te adora? Del que por tí derrama su sangre, del que por tí sacrifica su vida? Piedad mujer celestial, piedad de mi triste suerte: la losa del sepulcro está ya pesando sobre mi cabeza; el frio de la muerte penetra hasta la médula de mis huesos. ¿Dónde

ELODIA, ELODIA *mia, eres tú! Imprudente, dice la infeliz, y se dirije á él para obligarle al siléncio.*

estoy? ¿Quién me ha conducido á este sítio? Caigan sobre él las bendiciones del Eterno. Porque yo deseaba hablarte; porque necesitaba esplayar mi pecho: porque queria que supieses mi amor antes de que se encerrase con migo en el sepulcro... Te horrorizas; tus ojos se apartan de mí con espanto: te es odiosa mi vista...? Sábes mujer como te amo? ¿Sábes que hé estado tres años procurando estinguir esta pasion, que á manera de un volcan abrasa mi pecho, y cada vez ha tomado mas incremento? Sábes que te hé adorado desde el instante en que mis ojos se encontraron con los tuyos? Qué en vano hé querido huir de tí, cuando supe que eras de otro, que tu imájen es mi delícia, que he buscado la muerte para borrarla, que he llamado á Dios para que me librara de tí, y que Dios sacándome de los peligros me ha conducido á tus pies? ¿Sábes cual es mi delirio, mi entusiasmo por tí, mujer adorada? Todo lo sábes, sí, en vano lo ocultas las lágrimas asoman á tus ojos, tu pecho late con violéncia, la voz se ahoga en tu garganta... ven, ven á mis brazos por primera y última vez, ven á que esas lágrimas humedezean y se enjuguen en mis lábios; á que palpite ese corazon junto al mio; á que el estremecimiento del placer se difunda con la sangre por tus venas; á que se mitigue este ardor que me devora... Elodia, tú eres mia... —Soy esposa!— Y tó me lo recuerdas? Y con desapiadada mano rasgas la venda de mis ojos? Cielos! y es tu esposo el que me ha herido, el que me ha traido á tu lado... Y yo le he bendecido... Maldicion sobre su alma y mis amores!! — Y con furor despedaza las vendas que cubren su pecho, y con sus manos se rasga la herida que arrojando *la sangre á borbotones* le hace caer exánime sobre el lecho. "Adolfo" grita Elodia y corre fuera de sí á contenerle... Una mano de hierro, una mano en la que al fulgor, de la moribunda lámpara se vé brillar un objeto de funesto augurio se sume en el pecho indefenso, de la infeliz Elodia y arroja violentamente contra el pavimento su cuerpo inanimado, que deslizándose por el piso ensangrentado y resbaladizo rueda hasta la puerta donde se la oye lanzar un solo jemido vidrioso y estertor. Contempla un instante este espectáculo con infernal sonrisa el hombre armado, y esclama con un acento sardónico y mofador—"Mujer ya estais unidos: ciertas eran mis sospechas: estoy vengado"—y sale precipitadamente de la habitacion pisando el cuerpo exangüe de su inocente y desgraciada esposa. La luz se estingue en la lámpara: las tinieblas ocultan esta escena de horror.

4.º

LA SORPRESA.

Los gritos de furor y de venganza de los soldados vencedores, el ruido de las armas y clarines, los ayes y jemidos de las víctimas son los cánticos con que en el castillo de Lighton se celebra la venida de la Aurora. Conducidos los vasallos del duque por el fiel Rujero, que intenta librar á su señor, escalan los muros se apoderan del castillo y todo cede á su valor y ardimiento. Cae el feroz castellano cubierto de heridas á los pies del impávido Rujeso que le ofrece la vida si revela el lugar donde está su señor. Niégase el guerrero, que solo responde con maldiciones y blasfemias cuando se oyen los gritos de los que ya le han encontrado. ¿Pero qué espectáculo se ofrece á los ojos de Rujero, que con los brazos abiertos corria á estrechar al amigo de su infáncia? Una mujer espirando en el suelo: un cadáver horriblemente dilacerado en el lecho. No tiene límites el furor y la rábia de los cruzados "venganza" gritan y la muerte y la destruccion corren en pos de ellos. Elévanse hasta el cielo los turbiones de llamas envueltas en densa humareda: húndense los antíguos torreones con horrisono fragor y en medio de aquella escena de desolacion se vé á los soldados que no satisfechos aun con haberlo todo vencido, provocan á los muertos para que resuciten y vuelvan á pelear, á las murallas y torreones para que se eleven y poder de nuevo destruirlas.

.....

CONCLUSION.

Apenas asoma el padre del dia su faz rosada

en el Oriente cuando sale de entre las ruinas del que fue castillo de Lighton una tropa de guerreros con las lanzas bajas y cubiertas de negro crespon; dirijense hácia el bosque y en una glorieta de sauces depositan la preciosa carga que conducen. Rinden todos las armas hincan la rodilla en tierra y al son de los instrumentos bélicos descienden á la fosa el cadáver en sangrentado de un guerrero y á su lado colocan el de una inanimada belleza. Gruesas lágrimas corren por los rostros curtidos del sol de aquellos hombres á quienes no conmoviera el aspecto de la muerte en las batallas ni acobardaran los peligros y que ahora lloran sobre el cuerpo del que un tiempo los condujera á la victória. Pero róbales la tierra la vista de tan queridos restos, y silenciosos toman el camino del castillo de Fortheringay. Un hombre solo queda al lado del sepulcro, labra una cruz rústica que coloca sobre él y en la corteza de un árbol cercano graba suspirando estas palabras.

Aquí yacen los cuerpos de dos seres que el mundo creyó culpables. Pasajero ruega á Dios por sus almas Ambos eran inocentes.

Y besando la tierra que los cubriera "adios Adolfo, adios Elodia" dijo, y siguió la ruta emprendida por los cruzados.

BALTASAR ANDUAGA ESPINOSA,
Redactor.

EL DESPECHO DEL ESPAÑOL.

SONETO.

Si hasta en débil perfil la blanca luna
Su disco hermoso aménguа en el oriente,
Presto torna á llenar su faz naciente
Y en su própio sepulcro encuentra cuna.

No hay en la esfera azul estrella alguna,
Que manchada en eclipse la alba frente,
No espere con espléndida creciente
Los cielos dominar con su fortuna.

Tu solo ¡ ay ! desquiciado de tu cumbre,
Astro de España fuistes por la suerte
Para no mas rejir la alta techumbre;
Mas si tambien mis ojos han de verte
Planeta de otro Sol sin própia lumbre,
Abra su abismo y trágueme la muerte.

EL SOLITARIO.

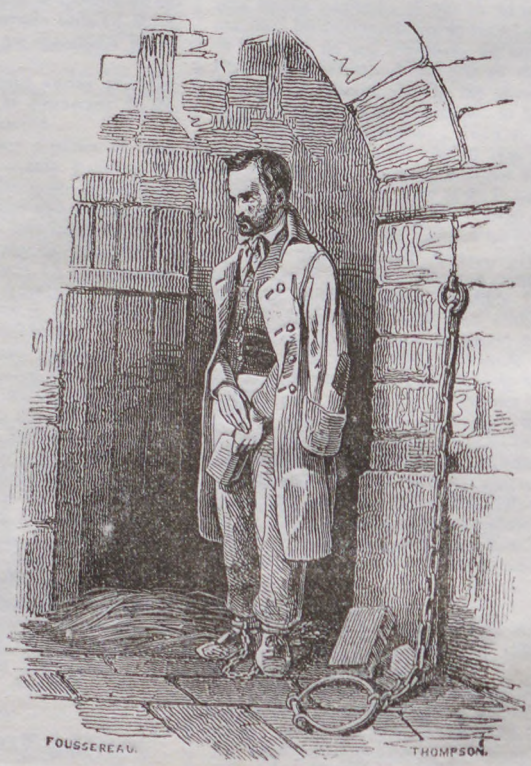
BIOGRAFIA DE SILVIO PELLICO.

En Siluzo ciudad del Piamonte nació Sílvio Pellico por los años 1789, donde su padre desempeñaba un empleo en la casa de postas. Hallábase aquel todavia en su infáncia cuando el Sr. Onorato Pellico empleó parte de su fortuna en fundar una hilandería en Piñeroles, primera prision de la máscara de hierro, de aquel trájico personaje de los anales franceses; es de imajinar que mas adelante cuando en las largas noches de Spielberg, evocaba Sílvio la imajen de su feliz infáncia se le representase mas de una vez el castillo de Piñeroles con su estraño prisionero ¿quién le hubiera dicho cuando escuchaba aquella misteriosa leyenda sobre las rodillas de su madre, que debia él tambien un dia ver sepultado su destino en los húmedos calabozos de una ciudadela, lejos de sus parientes, lejos de su pátria y bajo el frio y nebuloso cielo de la Moravia?

Sílvio tenia entonces seis años y siendo como se vé un niño era ya un poeta. Compuso á aquella edad una trajédia, cuyo asunto y personajes pertenecian al mundo de Ossian, que Macferston trajo un dia de las montañas de Escócia.

Otros vários ensayos mas ó menos felices revelaron en la misma época, sino todavia el jenio, por lo menos el instinto poético del jóven Silvio.

Inquieto, preocupado á la edad de 18 años por la lectura de un poema de Fóscolo que apareció en Milan titulado *los Sepulcros*, y á cuya época se hallaba en Leon de Fráncia, trata de volver á la sociedad en cuya atmósfera se halla; pero ¡ vanos esfuerzos ! Síguenle las preocupaciones cual inseparable sombra; parece buscar en todos los lábios un acento desconocido, se imajina leer el título *los sepulcros* sobre el dorso de todos los libros, no pa-



SILVIO PELLICO EN SPIELBERG.

rece sino que acaba de notar por la primera vez que el idioma francés es áspero y que carece su cielo de aquella trasparente pureza que ostentan los horizontes de Itália. El pais circundado de mares y alpes se apodera de todos sus pensamientos, invade toda su alma, finalmente á pocos dias ya marchaba por el camino de Itália.

Sílvio Pellico compuso varias trajédias entre las cuales figuran, la *Francesca de Rimini* y el Eufemio de Messina.

Confinado despues por espácio de diez años bajo *los plomos* de Venécia y en los lúgubres calabozos de Spielberg por haber emitido algunas ideas políticas con la franqueza de una ardiente y poética imajinacion, cuenta sus largos padecimientos en una preciosa obrita titulada *Mis prisiones*, (*) sin permitir á sus lábios el menor murmullo contra los jueces que por tantos años le sustrajeron de una vida cubierta ya de celebridad.

Que al respirar de nuevo un preso el aire de la libertad sacuda el polvo de la carcel y al pisar el suelo pátrio suelte un grito de venganza y de maldicion, eso lo vemos todos los dias; pero Sílvio Pellico supo por el contrário amalgamar de tal suerte el infortúnio con la educacion relijiosa de su corazon, que solo halló en los dias de su cautivério palabras consoladoras para sus semejantes y puesto en libertad oraciones para sus carceleros. Con la enerjia de la mas síncera fé reconquistó en aquella prueba de diez años la serenidad de su alma, volviendo á colocar el corazon del hombre á la misma altura que le pusieron los mártires del cristianismo.

ANTONIO ROTONDO,
Redactor.

Cuento simbolico.

Apenas el alba sonriera saludada por los alegres habitantes de los reynos de Eolo, cuando dos caballeros sobre briosos corceles salian de la ciudad de Granada con direccion á su deliciosa vega en traje de guerreros. Llevaba el uno una ancha banda roja y morada que le cruzaba el pecho..... y el otro adornaba el suyo con otra de verde aurora... El de la roja banda suspiraba al ver en su compañero campear las dichosas hojas de laurel que le diera la mano de una hermosa, en tanto que él no podia llevar otra divisa que su desdicha... De nada le habian servido las ramas de Tejo que campearan en su escudo, ni la azucena silvestre que le coronaba... Todo se ha perdido para mí, esclamó con el mas profundo dolor, solo deseo la muerte.—No te desconsueles Abimelet, le dice el de la banda verde, tal vez eres exijente, demasiado orgulloso y Zulema, la hermosa Zulema no habrá visto en tí la humildad del amor...—No amigo mio, todo al contrário. No una, sino muchas veces la dí el tímido y humilde Narciso y el cariñoso grano de uba. Sin embargo, jamás adornó su frente con la corona de Margaritas blancas; una ciruela que pude darla un dia en la mesa, fue la portadora de mi estado infeliz, pero en vez de la corona de rosas blancas porque ansiaba mi corazon me remitió una manzana... ¡ Una manzana !—Sí, querido Gerif, una manzana...—Y su cabeza al siguiente dia?—No indicaba mas que su hermosura—Ten esperanza Abimelet, la flor de dientes de Leon hubiera sido desgrácia irremediable, la manzana puede cambiarse en rosas, yo la hubiera mandado antes de salir a campaña un ramillete de alelíes de color de mahon y de flor de guindo.— Eso es bueno para tí amigo mio, yo no tengo ni aun el consuelo de poder enviar al dueño de mi vida ni aun la amaceta de alvahaca...

—¡ Desgraciado que ha de sucederte si llevas un onix en el dedo...! tira ese anillo y toma esa cornelina para que varíe tu suerte.— Así haré pero dificulto de mi salud.

Seguian andando cuando un tropel de caballos les avisa de que alguien les sigue, en efecto una esbelta mora cubierta con el velo y acompañada de dos esclavos es la que hácia ellos se dirije: su cabeza venia adornada con una frondosa corona de margaritas blancas; ambos se apean para recibir aquella mujer que tracia la enseña de la esperanza de un mortal, y al llegar con una voz mas melodiosa que los acentos de la lira y mas suave que los bajos trinos de la dulce flauta les dice: ¿ Cuál de vosotros es Abimelet?— Yo. Hurí celeste, respondió éste levantándose la visera, ¿de qué puede serviros el desdichado Abimelet? ¿ Qué puede obligaros á detenerle en el camino de su deseada muerte...?— El evitarla, tomad, y esperad, dijo alargándole un anillo, éste os pondrá á cubierto de ella.— ¡ Cielos una turquesa! ¿y quien eres mujer

(*) Esta obra se halla en la libreria estranjera calle de Jardines, con una estampa como la que acompaña al presente número y ademas el retrato de Silvio Pellico perfectamente ejecutado por el buril del acreditado artista Ortigosa.

divina que tanto te interesas por mí? ! Ah! si no me engañára mi corazon... por Alá sacame de mi triste incertidumbre ó sino... sino moriré de dolor á pesar de la turquesa que me regalas.— Satisface tu deseo, exijente moro... dijo alzándo el espeso velo.— ¿Eres tú Zulema? y arrodillándose delante de ella y dándo mil ósculos al anillo que colocó inmediatamente en su dedo, esclamó: sí, ya quiero vivir para tí, para tí solo, que me has vuelto á la vida, que me haces el mas feliz de los mortales; y desgarrando su morada banda, un juramento se seguia á otro y una terneza á otras mil.— A Dios, dijo Zulema, abandonando una mano á su amante, y besándola el moro con trasporte, vió partir á gran galope á su amada en médio de sus esclavos despues de haber traido la esperanza á su alma.— Soy feliz Gerif.— Gracias á mi Cornelina.—

Abimelet entusiasmado se portó en los combates como un héroe, y á su vuelta á Granada, trayendo por su principal adorno cruzado el pecho con una banda de verde aurora, tuvo la dicha de ver cubierta la cabeza de Zulema con la corona de rosas blancas.

C.

Nota. En el número próximo se dará un artículo sobre el lenguaje de las flores y de las piedras, que servirá tambien para la aclaracion de este cuento.

EL BELLO IDEAL.

Desde mi nacimiento cuento veinte años y hasta hoy puedo asegurar que no he sido feliz una sola vez. En mi adolescéncia mi imajinacion ha sido viva, precoz, romántica. A los diez y seis años no me faltaba para ser amante sino un poco de audácia, y alguna falta de candor sobre mi frente. Mil veces llegué á merecer los favores de algunas bellas, pero confieso que mi alma no estaba satisfecha. Sin saber por qué no me lisonjeaban sus gracias, no me lisonjeaban sus cariños, asi es que huia su compañía y me encerraba en una existéncia fictícia cuyos rasgos formó solamente mi ardiente fantasia. Me creé un ser ideal, me dediqué á amarle, á buscarle con todas mis facultades; me figuré una joven pura y hermosa, de negros ojos, de sonrrosada mano, de esbelto talle. Ella debia segun mi imajinacion apareceseme en médio de flores, en médio de delicados perfumes; asi es que en cualquier lugar donde yo veia flores, donde mis sentidos se afectaban con algun grato olor, mis miradas codiciosas se esparcian por todos lados, y buscaban con ánsia la cabeza airosa de mi anjel bello

Juzgue cualquiera de mí gozo el otro dia, cuando llegué á admirar un hermoso verjel cercado todo de flores. He logrado por fin lo que mi alma deseaba hace tanto tiempo esclamo gozoso. Bien pronto voy á verla aqui, su pequeña mano bien pronto tocará ya la mia, y mi exaltacion llegó á tal grado que sentí morirme de ansiedad; pero en vano, no era aquel el lugar donde yo debia encontrarla: vuelto algun tanto en mí la busco con atencion, no la veia, pero me la imajinaba oculta detrás de alguna planta apoyada sobre las flores, puede ser me decia á mí mismo que tenga como yo su deseo de dicha su Bello Ideal, su necesidad de amor; puede ser que sin saberlo me busque, me llame, me ofrezca su alma pura como el aliento de los ánjeles, su vida fresca y hermosa como la rosa de la mañana, me llame, sí, y yo no puedo responderla." mi único bien eres tú, mi única esperanza se cifra en tí... No se adonde me hubiera arrebatado mi calorosa ilusion, si no me hubiera sentido, apretado por el jentio inmenso que en todas direcciones cruzaba por delante de mí. Entre los muchos admiradores que como yo contemplaban el mismo objeto percibí el eco de una voz que para mí no era desconocido, y que se decia á simismo, qué hermosura, qué suavidad tan admirable. Cómo, le interrumpí, acaso ves tú tambien el mismo objeto que hace dos horas me tiene estasiado? ¿dónde está?—Enséñamela.

—Delante de tí me contestó, delante de los dos.

En efecto mi alma se habia sentido arrebatada, al contemplar aquel cuadro magnífico que sola la intelijencia del célebre L. era capaz de presentar tan al vivo. Es cierto que perdí mi ilusion, pero no me conceptué menos dichoso de que mi alma cediese al impulso del arte no menos que al del amor, y desde este dia no olvidaré jamás la esposicion de pinturas de 1837.

MAEUEL DAMASO DE NESTOSA, *Redactor.*

Editor responsable.—R. SOLA.

MADRID: IMPRENTA DE LA COMPANIA TIPOGRAFICA. 1837.